

Una página de Rodó

María de los Ángeles González Briz

María de los Ángeles González Briz

Profesora de Literatura (IPA) y Licenciada en Letras (FHCE, UDELAR). Cursó el Doctorado en Letras Españolas e Hispanoamericanas en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y está redactando la tesis sobre la recepción uruguaya del *Quijote*.

Es investigadora de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII). Desde 2001 dicta clases de Literatura Española y colabora en el suplemento *Cultural* del diario *El País*.

Ha publicado tres libros sobre temas de su especialidad: *De España al Río de la Plata: Escritores migrantes en el siglo XX* (2009), *Tradición hispánica en el siglo XX: Vigencia y polémica* (2008) y *Poesía, exilio y contactos de la generación del 27. Uruguay lee a España* (2011), así como diversos trabajos académicos en revistas arbitradas o capítulos de libros, especialmente sobre Góngora, Cervantes y las relaciones entre la Generación de 1927 y Uruguay.

Este brevísimo texto de Rodó que aquí se presenta fue publicado en 1906, en un periódico de poca notoriedad, *El español. Periódico de viaje. Reflector de los españoles en América*, órgano de expresión de un sector de la colectividad española en Montevideo. Hasta donde sabemos, no ha sido recogido en las ediciones de su obra. Evidentemente, la nota no viene a agregar nada nuevo ni revelador. En todo caso puede interesar como documento a quienes aspiran a ver reunida la “obra total”, aspiración tal vez imposible, y para añadir una pieza más a una idea clave de Rodó, resumida en el título “La tradición y la raza”, reivindicando la necesidad de la fidelidad a los orígenes y el peligro del injerto foráneo para el progreso y felicidad de las naciones.

La reivindicación del valor de la raza, que para él es la raza latina, y en particular la matriz española a través de la cual se recibe esta herencia, debe inscribirse en el contexto en que escribe Rodó, cuando tenía aún plena vigencia la polémica sobre la superioridad de las razas, surgida en Francia en el último tercio del siglo XIX a partir de las teorías de Buffon, Gobineau y otros, y que dio lugar, entre tantas cosas, al enfrentamiento entre latinos y anglosajones o germánicos. La teoría sobre la “decadencia latina” parecía estar refrendada por las derrotas militares y políticas que sufrieron Francia y España frente a Alemania y Estados Unidos a fines de ese siglo. Simultáneamente a esos hechos, comienzan a surgir voces que propician la agrupación de varios países europeos sobre bases culturales, lingüísticas o raciales comunes: paneslavismo, panlatinismo o pangermanismo (Litvak, 1980). Además de buscar respuesta a las cuestiones contemporáneas en la historia



Rodó en su escritorio, 1909. Colección Rodó de la Biblioteca Nacional.

común –que, en ocasiones, llega a incluir a Grecia y el helenismo–, en la exaltación de los orígenes y en la reafirmación de sus valores, el panlatinismo busca dar una explicación a la preocupación por la “decadencia” de Occidente (tal como algunos percibían o vaticinaban en la época) y propicia la unión supranacional como forma de resistencia a la supremacía anglosajona. Frente a la contundente superioridad militar y económica de Estados Unidos, comienza a gestarse la idea de la superioridad espiritual del mundo latino. A un tiempo, aparecen quienes justifican la supremacía germánica. A estos debates se suma el reclamo a favor de la necesidad de élites ilustradas orientadoras de los pueblos, por contraposición a la democracia masificadora y materialista del norte, proceso que se da en América y España. En el ambiente estaban, entonces, las preocupaciones por el progreso material y espiritual de los países latinos, la conveniencia o no de una minoría ilustrada que guiara a las masas, la necesidad del ideal para el desarrollo del individuo y la sociedad, la incidencia de la educación y la religión en el carácter de los pueblos (o su papel en el atraso cultural y económico), la oposición entre espiritualismo católico y pragmatismo protestante, la disyuntiva entre educar para el progreso material y el éxito social o atender a fines espirituales, manteniendo la fidelidad a la tradición humanista grecolatina.

En los países hispanos, la intervención de Estados Unidos en la Guerra de Cuba, con la consiguiente derrota española en 1898, el afianzamiento de la Doctrina Monroe, la *nordomanía* de algunos sectores dirigentes de América del Sur, reavivó en los intelectuales la necesidad de redefinir una identidad propia que pudiera oponerse eficazmente al triunfante modelo norteamericano visto por un lado en sus riesgos imperialistas y a la democracia mercantil y masificadora que atentaba contra el modelo que esas mismas minorías representaban.

Es posible que Rodó concibiera *Ariel* como respuesta a la intervención norteamericana en Cuba, como afirmó Rodríguez Monegal (1957). Aun así, Fernández Retamar apunta que “en el discurso definitivo [de Ariel] sólo se encuentran dos alusiones directas al hecho histórico que fue su primer motor; ambas alusiones permiten advertir cómo ha trascendido Rodó la circunstancia histórica inicial para plantarse de lleno en el problema esencial: la proclamada decadencia de la raza latina” (1971: 35). Por su parte, G. Brotherston opina que a Rodó

[...] la nordomanía de Alberdi le parecía reprobable más por considerarla abyecta en sí, que por repugnancia a los Estados Unidos. Y

una mera imitación del «hipnotizador audaz» del norte de una manera «unilateral» y «sonámbula», como dijo citando a Tarde, significaría la mutilación de la personalidad y una completa subordinación a «los fuertes» –tal como son significativamente llamados– en el proceso evolutivo. Rodó tenía miedo de que América Latina, lejos de ser Ariel, podía estarse convirtiendo en un «esclavo deforme».

A su vez, el nuevo mapa político internacional afirmó el acercamiento de los países hispanoamericanos a España, que se venía propiciando desde los festejos del Cuarto Centenario de la Conquista, en 1892, fecha emblemática de la que podría llamarse “reconciliación” con España y sus símbolos. Arturo Ardao ha señalado esa “reconquista de posiciones” en Uruguay, indicando que el siglo XIX había sido antiespañol, salvando las excepciones de Alejandro Magariños Cervantes y de Zorrilla de San Martín (Ardao, 1968: 229). Por su parte, Tulio Halperin Donghi habla en esa misma época de un “retorno afectuoso hacia el pasado español” que, aunque puede funcionar como legítima aspiración para las artes y la cultura y “está en la base de una reconciliación cada vez más sincera con la antigua metrópoli, no puede servir de punto de partida para un alineamiento internacional políticamente eficaz” (1969: 295). La reacción antinorteamericana de las elites ilustradas de principio de siglo nace, para Halperin, como un temor a las consecuencias de las innovaciones que ellas mismas habían contribuido a introducir. De este modo, distingue una resistencia “revolucionaria” de otra conservadora, esta última “defensora en los hechos de los lazos establecidos con otras potencias hegemónicas a lo largo del siglo XIX”. Rodó está muy lejos de representar una opción “revolucionaria”: su antinorteamericanismo tiene que ver con un pensamiento elitista, con el horror a la masificación y mercantilización de la sociedad, a la democracia que nivela hacia abajo y pone en peligro “la selección de las clases dirigentes y la nobleza con que obliga la tradición” (Rodó, 1967: 520).¹

En ese sentido, España representa para Rodó una opción válida para delinear la identidad de los nuevos países hispanoamericanos recurriendo al origen común, que identifica como herencia civilizadora. En *Ariel* ya aparecía su hispanofilia. Así lo entendió, desde España, Leopoldo Alas cuando comentó la publicación del libro para el suplemento *Los Lunes*, de *El Imparcial* de Madrid, en una nota fechada el 23 de abril de 1900²: “aunque [Ariel] no trata directamente de esa nueva tendencia a reconciliarse con España [...] en el fondo y

como corolario de su idea va a lo mismo”. Del mismo modo, la prédica rodoniana en favor del idealismo, por oposición al utilitarismo norteamericano, le hacen concluir al español que “lo que Rodó pide a los americanos latinos es que sean siempre... lo que son... es decir, españoles, hijos de la vida clásica y de la vida cristiana”. La atención que Rodó presta a España tiene que ver con la búsqueda de modelos culturales que, alejados del peligro bárbaro que podía representar el pasado indígena o gauchesco, pudieran, sin embargo, permitir la construcción de una identidad americana. Dos aspectos son relevantes para este destaque, que ya podía percibirse en una carta enviada por Rodó precisamente a Leopoldo Alas en 1897 (Rodó, 1967: 1326-27). En primer lugar, la conciencia de una fuerza creciente en la península por la modernización política y cultural, que identifica principalmente con la herencia de Emilio Castelar –otro abanderado del latinismo–, y que permiten colocarla a la altura de los otros países europeos, admirados por su grado de civilización: “Liberalizar a España, hacer que con originalidad y energía intervenga en el concierto de la cultura europea contemporánea, equivale a hacerla más nuestra”. Retornar a España le permitía a América la apropiación de la tradición clásica, de ahí la importancia que Rodó –quien se define como un helenista y se ha formado con los franceses del siglo

Rodó en 1896. Colección Rodó de la Biblioteca Nacional.



XIX— da al concepto de latinidad. El otro aspecto tiene que ver con la preeminencia dada a la conservación de la lengua castiza en la construcción de una cultura nacional o americana superior. Para Rodó estos lazos de unión deben afianzarse: “los dos pedazos de la gran patria a que pertenecemos, y que sobre el quebrantamiento de su unidad política, debe conservar siempre su unidad espiritual”.

Por último, debe señalarse que la preocupación por España que manifiesta Rodó lo acerca a la que revelan por entonces los escritores peninsulares de la llamada “generación de 1898”. Sobre todo, por una *idea* de España que no solo debe sobrevivir “embebecida o transfigurada, en nuestra América”, sino que despierta “aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua”, una admiración de origen romántico, afianzada en la esencia del pueblo, y que solo puede rescatarse si se superan las expresiones caducas (Rodó, Op. cit.: 721). En “España niña”, de *El mirador de Próspero*, afirma: “Me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que España se va con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que España se va...”. Comentando un libro del venezolano Díaz Rodríguez, augura un renacer español que debe surgir de sus reservas populares, del “alma popular”, de la “originalidad latente”, que debe preservarse frente al “europeísmo invasor, predicado hoy por el alto y fuerte Unamuno” (Ibidem: 722). La brevedad y concentración del texto que sigue, y su elocuencia acerca de las ideas de Rodó respecto a la importancia de los lazos culturales en la construcción y afianzamiento de la identidad nacional, continental e hispánica, eximen de más comentarios.

Notas

¹En “Rumbos Nuevos”, de *El mirador de Próspero* (1967).

² La fecha coincide con la de la muerte de Cervantes. El artículo sirve de prólogo a *Ariel*, en la edición de Espasa-Calpe, México, 1948.

Bibliografía

- ARDAO, Arturo (1968): *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo: Universidad de la República.
- BROTHERSTON, Gordon: “Introducción a Ariel, de J. E. Rodó”, en *henciclopedia*, [http://www.henciclopedia.org/uy/autores/Brotherston/Rodo%20\(II\).htm](http://www.henciclopedia.org/uy/autores/Brotherston/Rodo%20(II).htm)
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1971): *Calibán: apuntes sobre la cultura de nuestra América* México: Diógenes. Disponible en <http://www.literatura.us/roberto/caliban3.html>



Retrato de Rodó en la revista *Plus Ultra*.

- HALPERIN DONGHI, Tulio (1969): *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza.
- LITVAK, Lily (1980): *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*. Zaragoza, Puvill-Editor.
- RODÓ, José Enrique (1967): *Obras completas*. Madrid: Ed. Aguilar. (2ª edición). Edición, introducción, prólogo y notas de Emir Rodríguez Monegal.
- ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan (1905): *Conferencias y discursos*. Tomo I. Montevideo: Barreiro y Ramos.

La tradición y la raza¹

José Enrique Rodó

El sentimiento de la raza radica tan en lo hondo y esencial de la naturaleza humana, como el sentimiento de la nacionalidad. Para conciliarse con la liberalidad humanitaria que abraza a la especie entera en una sola idea y un solo objeto de amor, ambos sentimientos han de ser expansivos y amplios; pero el humanitarismo sería sólo desorden e indiferencia y confusión si la pluralidad no se redujese en él a una armonía fecunda, por la virtud y el imperio de aquellos dos afectos inmortales. Todos los hombres dignos caben, como ciudadanos, bajo la bandera de una grande y generosa patria; pero a condición de adaptarse a sus costumbres, a sus instituciones, a sus leyes, a la fuerza asimiladora de ese magno organismo colectivo. Todas las razas de la tierra deben aportar su sangre y sus energías y sus nobles emulaciones, para la formación del bronce humano en que será fundida la estatua de la futura América; pero la fuerza que discipline y concierte esos mil elementos concurrentes, la nota fundamental de la armonía, el principio plasmante de la asimilación, han de ser los de la raza de origen, persistiendo en espíritu a pesar de todas las transformaciones o ampliaciones que la reformen y mejoren a través de los tiempos.

Sila entidad de la raza naufragara; sila continuidad de las generaciones, en la moral, desapareciera; si la conquista pacífica verificada paulatinamente por una raza extraña, más próspera y poderosa, impusiera al cabo del tiempo, su carácter, sus costumbres, su religión, su idioma, su tipo peculiar de civilización, vano sería que la personalidad política de estos pueblos persistiera aparentemente, con su independencia y con su nombre: la verdadera personalidad colectiva, el verdadero ser propio, habrían desaparecido, como en el sonámbulo a quien el hipnotizador impone a voluntad una segunda alma, superficial y ficticia. El pueblo que cae materialmente, pero mantiene vivos su conciencia nacional y el sentimiento de su raza, no muere, para siempre: vive para el porvenir; y vive, nunca esclavo del todo; porque la última y sagrada libertad de su pensamiento y de su corazón no le será arrebatada ni por todas las represiones de la fuerza ni

por todas las iras de los tiranos. Pero el pueblo que es conquistado en su ser íntimo, ganado en el corazón, enervado en la esencia de su personalidad, ese es pueblo irremisiblemente muerto, muerto sin honor y sin gloria, aun cuando sobre la faz de la tierra sigan flameando los colores de su pabellón, y continúen marcándose en el mapa político las líneas de sus fronteras.

No se reniega impunemente de la tradición. El grande extravío y la gran calamidad de nuestros pueblos consisten en que la solución de sus destinos ha sido planteada, por generaciones más generosas y heroicas que sabias y reflexivas, entre estos dos extremos, igualmente fatales: la adhesión —por los partidos conservadores— sin discernimiento ni crítica, al legado estrecho de la tradición colonial, a la vetustez y al estancamiento; y la imitación inconsulta de lo exótico, de lo a menudo inadaptable, por los partidos liberales, que, maravillados con las superioridades y los triunfos que otros pueblos han alcanzado siguiendo la vía de su desenvolvimiento propio, no han comprendido que copiar leyes y procedimientos no es adquirir costumbres; que toda reforma, todo progreso, toda libertad, han de adaptarse al ambiente y connaturalizarse con la índole de la sociedad, tal como la tradición y el medio la determinan; que, si es sabio el labrador que ensaya pacientemente nuevos cultivos y prueba mejorar los que ya ha usufructuado, es vano y necio aquel otro que emplea su heredad y sus fuerzas en plantar simientes venidas de extraños climas, sin conocer las condiciones de su logro, librando así a una esperanza quimérica su porvenir y el sustento de sus hijos.

¹“La tradición y la raza”, en *El español. Periódico de viaje. Reflector de los españoles en América*. Montevideo, Año III, N° 14, 31 de mayo de 1906, p. 12.